

EXTENDAMOS NUESTRO AMOR A LOS HIJOS DE NUESTRO PADRE CELESTIAL

por el élder Jack H. Goaslind
del Primer Quórum de los Setenta



Es mi sincero deseo esta mañana compartir con vosotros algunas de mis ideas sobre el Evangelio de Jesucristo y sobre el efecto que debe tener en nuestras relaciones con nuestros semejantes.

Al releer los pasajes que relatan la resurrección del Salvador, me ha llamado la atención que sus primeras palabras como Ser resucitado nos dan el fundamento para nuestra relación con los demás. Recordaréis que temprano por la mañana del primer día de la semana, María había ido al sepulcro donde habían puesto el cuerpo del Señor. Al encontrar fuera de su lugar la piedra que sellaba la tumba, corrió a decir a Pedro y a Juan que habían sacado el cuerpo del Señor; y éstos, a su vez, corrieron a confirmar la noticia. Cuando vieron el sepulcro vacío, regresaron a su hogar, pero María Magdalena “estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro”. Allí vio dos ángeles de blanco que le preguntaron: “Mujer, ¿por qué lloras?” A lo que respondió: “Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto”. Diciendo esto se volvió y vio a Jesús, pero no lo reconoció. El Salvador también le preguntó por qué estaba llorando, y María, pensando que conversaba con el hortelano, le dijo: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré”. (Véase Juan 20:11, 13, 15.) Entonces el Señor la llamó por su nombre, como también podría llamarnos a todos nosotros; ella inmediatamente lo reconoció y, dado su gran amor por El y su testimonio de que vivía, extendió los brazos para abrazarlo. Pero con amor, bondad y seguridad, El pronunció estas palabras de significado eterno:

“No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” (Juan 20:17.)

“A mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” ¡Cuán importante fue ese mensaje entonces, y cómo es de vital para nosotros hoy día! El apóstol Pablo enseñó claramente esta doctrina cuando dijo:

“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos.

Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres.” (Hechos 17:28-29.)

A través de la oración, del estudio y de la obediencia al evangelio,

he llegado a apreciar el hecho de que todos somos hijos de nuestro Padre, y parte de una gran familia. Nuestro Padre Celestial es, en todo el sentido de la palabra,

nuestro real Padre espiritual, lo que da un significado literal a la frase "Nuestro Padre Celestial"; por lo tanto, todos somos hermanos sean cuales sean nuestra raza, credo o nacionalidad, y hay una chispa de la divinidad en cada uno de nosotros.

¿En qué forma puede afectar esta verdad nuestra relación con los demás? Si todos los hijos de Dios pudieran darse cuenta de que son hermanos y pudieran sentir el impacto de esta realidad, habría mucho más entendimiento, compasión y amor entre unos y otros y cesarían las guerras, el crimen y todas las formas de violencia.

Estoy convencido de que el verdadero amor fraternal es esencial para nuestra felicidad y para la paz del mundo. Debemos amarnos los unos a los otros y compartir desinteresadamente nuestros dones, talentos y recursos. No es de extrañar, pues, que cuando el fariseo, intérprete de la ley por profesión, le preguntó a Cristo: "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?", El le contestara:

". . . Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

Este es el primero y, grande mandamiento.

Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas." (Mateo 22:36-40.)

Y después, en los últimos momentos de su vida, hizo esta gloriosa declaración:

"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros.

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros." (Juan 13:34-35.)

Una vez William Shakespeare dijo: "No aman aquellos que no muestran su amor".

Es necesario que demostremos nuestro amor, empezando por el hogar y luego ensanchando nuestro círculo de amor para abarcar a nuestros miembros del barrio, a nuestros vecinos menos activos, y a los que no son miembros de la Iglesia, y también a aquellos que han pasado ya al otro lado del velo.

A los líderes de la Iglesia, y a cada uno de los miembros, quisiera pedirles que extiendan como nunca su amor y una mano de hermanamiento a nuestros hermanos que necesitan la luz del evangelio. Estoy convencido de que mucho de nuestro amor lo limitamos a un servicio de palabra, a sueños que nunca convertimos en realidad; pero el verdadero amor se debe expresar en hechos desinteresados de bondad que ayuden a otras personas a acercarse a nuestro Padre Celestial.

Muy a menudo pienso en el gran ejemplo de Pedro y Juan cuando se dirigieron al templo a la hora de la oración, y vieron un hombre, cojo de nacimiento, que estaba en la puerta llamada la Hermosa, pidiendo limosna a los que entraban. Al ver a los apóstoles que se acercaban, extendió la mano. Pedro le dijo: "Míranos". El mendigo los miró, esperando recibir algo de ellos.

"Mas Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda."

Creo que esto es lo más lejos que hemos ido, en la mayoría de los casos, al ayudar a nuestros semejantes en este mundo de hoy. Sin embargo, Pedro no se limitó a meras palabras. Las Escrituras registran:

"Y tomándole por la mano derecha le levantó . . ."

Inmediatamente los pies y tobillos del hombre se fortalecieron y se paró, caminó, saltó y entró al templo alabando a Dios. (Véase Hechos 3:1-11.)

No es plata ni oro lo que necesita el mundo hoy día, sino la mano extendida y la influencia vivificante del Espíritu del Señor.

Una buena amiga me contó esta historia de cómo aprendió el significado profundo del amor. Su familia había sido siempre activa en la Iglesia, haciendo lo mejor de su parte por cumplir con los mandamientos. Por este motivo, fue un gran golpe y desilusión cuando su hija se comprometió con un joven que no era miembro de la Iglesia; al día siguiente le hablaba de sus sentimientos a una amiga, diciéndole que, aunque sabía que el novio de su hija era un buen muchacho, se sentía enojada, herida, traicionada y desorientada, y no quería hacerles una fiesta, ni siquiera ver a la chica. Cuando me lo contó, me dijo que seguramente

el Señor la había guiado a conversar con su amiga, pues recibió de ella esta respuesta:

¿Qué clase de madre eres si sólo le demuestras amor a tu hija cuando hace lo que tú quieres? Ese es un amor egoísta, mezquino y limitado. Es fácil amar a nuestros hijos cuando son buenos, pero cuando cometen errores es cuando necesitan más de nuestro amor. Deberíamos amarlos y cuidarlos sin importar lo que hagan. No quiere decir que aprobemos sus errores, pero así los ayudamos, no condenamos; amamos, no odiamos; perdonamos, no juzgamos; los edificamos en vez de aplastarlos; los guiamos, no los abandonamos. Los amamos cuando es más difícil amarlos, y si tú no puedes o no quieres hacer eso, eres una mala madre.

Al comprender la verdad de sus palabras, con lágrimas en sus ojos la madre le preguntó a su amiga cómo podría agradecerle. Esta le contestó: "Hazlo por otra persona cuando se te presente la oportunidad. Alguien lo hizo por mí y le estaré eternamente agradecida".

Esta historia es sobre el amor de una madre por su hija, pero es sólo un comienzo. Debemos demostrar el mismo amor sincero por todos los hijos de nuestro Padre Celestial. Cuando logremos hacerlo, seremos como es Dios. Juan escribió:

"Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.

El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor." (1 Juan 4:7-8.)

Jesucristo, nuestro ejemplo perfecto, demostró en forma constante su amor por medio de hechos de compasión, y entendió la mejor forma de expresarle.

En el pozo de Jacob se tomó el tiempo necesario para enseñar a una mujer de Samaria algunas verdades eternas (Juan 4:1-30). Ella aceptó su testimonio de que El era el Mesías y volvió a la ciudad a afirmar: "¿No será éste el Cristo?"

El dio de sí a los despreciados de la sociedad. Un leproso menospreciado adoraba al Señor y le dijo, "Señor, si quieres, puedes limpiarme". Y las Escrituras registran — notadlo bien— que "Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero, sé limpio. Y al instante su lepra desapareció" (Mateo 8:14).

En uno de sus milagros más extraordinarios, Jesús puso atención aun a las demás personas. Cuando se preparaba para levantar a Lázaro de los muertos vio a María llorando, y las Escrituras dicen que "se estremeció en espíritu y se conmovió", y luego, "Jesús lloró". (Juan 11:33, 35.) Esa ocasión la había aprovechado para expresar un testimonio divino de su misión:

"Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá." (Juan 11:25.)

En su visita a los nefitas el Salvador hizo esta importante amonestación:

"Por lo tanto, ¿qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo." (3 Nefi 27:27.)

Es mi testimonio que podemos ser aun como El es. Podemos demostrar nuestro amor en formas que benefician eternamente, tanto a nosotros mismos como a aquellos a quienes servimos.

Aceptemos el desafío presentado por nuestro Profeta hace dos años:

"Me parece muy claro, y ciertamente este sentimiento pesa sobre mí, que la Iglesia se encuentra en un estado de su desarrollo y madurez, en que por fin estamos listos para un gran esfuerzo de avance...

Pero las decisiones básicas o necesarias para nuestro progreso como pueblo son las que hagan los miembros de la Iglesia en forma individual. Nos hemos detenido suficientemente en algunas de nuestras etapas. Dispongámonos a retomar nuestro movimiento para avanzar y elevarnos. Pongamos fin a nuestra indecisión de llegar hasta nuestro prójimo e influir sobre él —ya sea en nuestra propia familia, barrio o vecindario . . ." (Liahona, ag. de 1979, pág. 118.)

Decidámonos hoy mismo a extender nuestro amor a nuestras familias, a nuestros vecinos menos activos y a los que no son miembros de la Iglesia, a nuestros antepasados que se han ido, o a cualquiera que lo necesite.

Testifico que recibiremos grandes bendiciones como personas, como Iglesia. y como una hermandad del género humano, cuando aprendamos a vivir amando sin egoísmo; en el nombre de Jesucristo. Amén.